



# EPÍLOGO

GERARDO CEBALLOS

A pesar de ser agosto, el frío viento me estremece. Los últimos rayos de luz desaparecen en el horizonte en ese duelo eterno, interminable, entre el día y la noche. Pronto la oscuridad vence al día y da paso a una noche clara, cuya bóveda celeste está llena de estrellas. A lo lejos, la silueta de la luna se refleja en el mar. El rítmico sonido de las olas es omnipresente. Cuando éstas rompen y se extienden sobre la playa dejan estelas de espuma blanca, como siluetas fantasmagóricas entre las sombras. El viento helado silba entre las dunas de arena, que parecen danzar haciendo caprichosos movimientos. Sentado en una pequeña duna espero impaciente la llegada de las tortugas golfinas a Playa Escobilla.

La espera no es larga y logro ver a una primera tortuga dejar el mar y adentrarse en la playa hasta donde no llegan ya las olas. Pronto muchas otras tortugas —cuento alrededor de 100— se desplazan sobre la arena en busca de un sitio adecuado para anidar. A lo largo de esta enorme playa cerca de mil tortugas saldrían a anidar esta noche, siguiendo el mismo ritual desde hace miles de años. Hoy, después de haber pasado siete años en el inmenso Océano Pacífico, finalmente han regresado a la playa que las vio nacer. De todas las tortugas que nacen, sólo una en 100 habrá de volver. Pero en un prodigio de la naturaleza aún llegan a desovar año con año más de 100 mil tortugas golfinas a Playa Escobilla, ubicada en las costas del estado de Oaxaca. Las mayores arribadas, como se conoce a la llegada sincrónica de las tortugas marinas a las playas, ocurren en uno o dos días y en este breve tiempo salen a desovar hasta 40 mil tortugas en un espectáculo de épicas proporciones. Sólo en Playa Nancite —ubicada en la provincia de Guanacaste en Costa Rica— se presenta un espectáculo similar.

Las arribadas representan una de las grandes concentraciones animales que aún persisten en el continente, entre las cuales también se cuentan las concentraciones de patos y gansos, aves playeras, guacamayas, ballenas grises, petreles y frailecillos, cacerolitas de mar, tiburones ballena y mariposas monarca, por mencionar algunas de las que hemos tratado en este libro. Por desgracia, las arribadas y las demás grandes concentraciones animales son fenómenos naturales en serio peligro de desaparición. Las arribadas no existen más por la sobreexplotación de las tortugas así como por la destrucción y transformación de las playas donde anidan. Escobilla es la última playa de Mé-

xico donde se observan arribadas de tortugas marinas, siendo que hasta principios de la década de 1970 había cerca de 18 playas en las costas mexicanas del Océano Pacífico donde se observaba la llegada de estos magníficos animales. En esas playas ahora ya sólo quedan las leyendas.

El crecimiento desmedido de la población humana, el consumismo y la desigualdad social son parte de las causas de la destrucción de numerosos sitios en donde había, hasta hace pocas décadas, concentraciones enormes de animales. Al destruir estos sitios se ha causado también la desaparición de algunas de las especies que necesitaban congregarse en ellos para perpetuarse. Día a día, son mayores las presiones sobre las grandes concentraciones animales y los sitios donde suceden.

Los últimos sitios y regiones con grandes concentraciones animales son hoy motivo de admiración, asombro y preocupación. La extinción de las especies y la destrucción de los hábitats naturales es un problema que puede llegar a tener proporciones verdaderamente apocalípticas. Esta tragedia sin precedente en la historia de la humanidad —como he mencionado anteriormente— no debe pasar inadvertida. Es menester difundir por todos los medios posibles la asombrosa belleza y la delicada complejidad del entramado que permite que aún se den las últimas grandes concentraciones animales de América y del planeta, su enorme valor intrínseco —es decir, el simple hecho de que existen— y su relación con las condiciones que son necesarias para mantener la vida en la Tierra, de la que depende nuestra existencia. Ahora más que nunca la conservación de la naturaleza requiere del ser humano, de una amplia conciencia, de la creación e instrumentación de nuevos modelos y paradigmas de desarrollo, así como de programas regionales, nacionales e internacionales de conservación.

Conservar nuestro patrimonio natural exige asimismo —como bien lo describió Jean Dorst hace más de seis décadas— que demos a la naturaleza un poco de amor, lo que también es parte del alma humana. En el ocaso de los tiempos el futuro de las últimas concentraciones animales y de la vida misma está, impostergablemente, en nuestras manos. El tiempo será testigo de los resultados de nuestras acciones para detener y revertir esta silenciosa crisis.

